

# DESDE LA ACADEMIA

## El dilema entre liberalismo económico e intervencionismo

Angie Valeria Hernández\*

Entender la vida económica depende de la relación entre los hechos y las ideas que subyacen tras esta, y en cierto modo puede tornarse complejo de comprender. Sin embargo, al ser otra forma de vida social y estar tan cercana a cada individuo, no se puede hacer caso omiso a entenderla, y para ello se necesitan explicaciones e interpretaciones coherentes. “La economía se convirtió en materia de estudio serio en un importante y crítico momento de la historia de la humanidad occidental. Esto sucedió cuando la riqueza de las comunidades nacionales comenzó, por vez primera, a revelar una mejora constante y persistente” (Galbraith, 1958/1984, p. 31).

Hablar de la vida económica incluye el tema de la importancia de la eficiencia tanto de los mercados como del Estado, y es un aspecto en el que las



¡La crisis! Imagen tomada de [<http://goo.gl/8iucyn>].

opiniones coinciden. Sin embargo, el punto de divergencia radica en cómo cada uno debe funcionar, si de forma independiente o si debe haber intervención alguna de uno sobre el otro, es decir, del Estado sobre el mercado. Con el paso del tiempo y de diferentes acontecimientos que marcan la historia socioeconómica del mundo, se han generado posturas a favor del liberalismo económico, pero también del intervencionismo.

Quienes defienden el liberalismo económico se centran en la idea de que el mercado tiene los mecanismos suficientes para poder funcionar sin

\* Estudiante de tercer semestre de la Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia. Correo-e: [avaleriahdz@hotmail.com]

ninguna intervención y corregir sus fallas por sí solo, con lo cual se puede lograr más armonía en la sociedad que si hubiese un ente regulador. Además, la libertad de los individuos no estará en peligro, lo que se verá traducido en el progreso general.

Dicha armonía se da porque en los intercambios ambas partes deben estar de acuerdo y se verán beneficiadas. Si una de ellas no lo está, el intercambio simplemente no se lleva a cabo. “Es cierto que una economía fundada ante todo en el intercambio voluntario tiene en su seno el potencial necesario para promover la prosperidad y la libertad humanas” (Friedman, 1983, p. 28). Además, cuando las personas no se sienten presionadas, la cooperación entre sí se hace más fácil, y si esto se aplica a un sistema de producción, este se vuelve más eficiente, pues todas las cadenas productivas obtienen un beneficio.

Para los autores liberales, los mecanismos de los mercados son el papel de los precios, los incentivos y la distribución de la renta. En cuanto al papel de los precios, estos actúan como un sistema para la transmisión de la información y como mecanismo de cooperación de intercambio que ayuda en la toma de decisiones sin necesidad de que haya una dirección centralizada ni obligando a las personas a hablar entre sí o a que deba haber un gusto mutuo. “El sistema de

precios permite entender cómo personas tan distantes cooperan para promover sus intereses respectivamente” (Friedman, 1983, p. 30).

Esta información debe llegar específicamente a las personas que la necesitan, sin molestar a las que no la requieren, y de esto se encarga el sistema de precios. Quienes la necesitan pueden acceder a ella; esto se ha vuelto más fácil debido a que los mercados son más organizados y la comunicación más especializada. Se reconoce también que los precios pueden presentar distorsiones, pero estas son corregidas por el mercado sin la intervención de un ente, pues puede ser peor. “En la actualidad el Estado es el principal foco de interferencias con el sistema de mercado libre, por medio de los aranceles y de otros obstáculos al comercio internacional” (Friedman, 1983, p. 35).

El segundo mecanismo está constituido por los incentivos, pues los precios los aportan en pro de obtener ganancias al satisfacer la demanda del mercado y así mismo, de la mejor forma de fabricar un producto, con lo que se busca una disminución de los costos de producción y el aumento de las utilidades. Por ejemplo, las empresas adquieren conocimientos técnicos adecuados que al combinarlos con la información ayudan a minimizar los costos.

En tercer lugar, la distribución de la renta genera descontento, pero permite que las personas que se esfuercen más logren obtener más beneficios. Esto también actúa como un incentivo, pues la conservación de capital tendrá una gratificación. Por lo anterior, el sistema económico será mejor sin la intervención del Estado, pues este puede poner en peligro la libertad y ser un obstáculo para el buen desarrollo del mercado.

En la segunda postura, la intervencionista, el mercado presenta fallas que no se corrigen por sí solas, y el Estado, basado en un sistema democrático, debe intervenir para crear políticas óptimas que busquen estimular sus aciertos y corrijan sus fallas. Además, el Estado tiene una función de la cual el sistema privado no se puede encargar: proveer bienes colectivos que no son lucrativos, pero que son necesarios en una sociedad.

La intervención del Estado puede ayudar a corregir temas como la desigualdad, los conflictos sociales, la pobreza, entre otros, pues puede moderar los excesos de la clase alta y fortalecer a las clases media y baja; también puede fortalecer las instituciones formales de la sociedad e imponer sistemas tributarios progresivos. “Crear un impuesto de sucesiones más eficaz y aplicarlo con más rigor puede evitar la creación de una nueva oligarquía” (Stilitz, 2012, p. 340).

Para los intervencionistas, la política y la economía son inseparables. Según esta postura, el Estado tiene como tarea velar por el buen funcionamiento del mercado sin necesidad de restringir la libre competencia ni la libertad individual, sino, por el contrario, haciendo respetar los derechos de propiedad privada para generar armonía en la sociedad. Es función del Estado intervenir cada vez que haya “constelaciones” de poder que sean un obstáculo para la garantía de competencia, tales como los monopolios. “El capitalismo no regulado es el peor enemigo de sí mismo: más pronto o más tarde está abocado a ser presa de sus propios excesos y volverá a acudir al Estado para que lo rescate” (Judt, 2010, p. 18).

Analizando estas posturas, se puede notar que cada una tiene sus fallas y sus aciertos. Sería erróneo ocultar los aspectos positivos que cada una tiene; no obstante, la postura intervencionista es la que mejor se adapta al contexto actual, a la realidad que se vive a diario. Es la postura que puede llenar de una mejor forma los vacíos que tiene el mundo económico actual y asimismo los desafíos que está afrontando y afrontará en un futuro.

Es importante ubicarse en el contexto actual para evaluar cuál es el mejor “remedio”, pues no hacerlo puede generar que se tomen decisiones equivocadas. “El país opulento, que

guía sus actividades de acuerdo con las normas de una época distinta y más pobre, también pierde oportunidades. Y al no entenderse a sí mismo, se recetará implacablemente en cualquier época difícil los remedios erróneos” (Galbraith, 1958/1984, p. 30).

Es claro que los mercados fallan y es necesaria la presencia de un ente regulador. No se puede evitar hablar de mercado sin hablar de Estado, pues no hay contradicción entre ambos. La eficiencia del mercado y del Estado ayuda a construir una economía fuerte, que no sea tan sensible ante los ciclos económicos, especialmente las crisis. Además, el Estado tiene la función de solucionar las necesidades sociales y de proveer bienes colectivos, tales como salud, educación, seguridad, entre otros, y de los cuales es poco probable que el sistema privado se encargue, pues no son bienes lucrativos, por el contrario, puede darse una omisión de estos beneficios.

Esta postura puede ayudar a retornar la confianza que se ha perdido en la democracia, en la cual la misma élite ha monopolizado el poder y ha degradado su imagen ante la sociedad, por lo cual las personas se han olvidado de su deber como ciudadanos y de la importancia de su participación en el buen desarrollo de la sociedad.

Los acontecimientos pasados no son del todo malos si hay una reacción a

tiempo para corregir las fallas que los han causado. Estos han dejado muchas enseñanzas que deben tenerse en cuenta al momento de crear políticas y que pueden servir bastante para garantizar el progreso de la sociedad. Una de ellas es necesaria para una sociedad con igualdad de oportunidades, en donde cada quien pueda tener el incentivo de mejorar para alcanzar ciertos objetivos, y que no sean siempre los mismos quienes, por cosas de azar, logren conseguirlos.

Se debe volver a construir una sociedad que tenga en cuenta los valores, pues la sociedad actual es materialista y metálica, considera que obtener beneficios justifica los medios y carece de sensibilidad ante lo que pueden costar humanamente ciertas políticas sociales. “Que las normas de una sociedad cambien de forma que tanta gente llegue a perder el norte moral dice algo significativo acerca de esa sociedad” (Stilitz, 2012, p. 32).

De igual forma, es necesario volver a la fortaleza de un sistema de leyes apropiado, que garantice el buen desarrollo de la competencia y que todo se lleve a cabo de la mejor forma. “El funcionamiento de la competencia no solo exige una adecuada organización de ciertas instituciones, como el dinero, los mercados y los canales de información, sino que depende, sobre todo, de la existencia de un sistema legal apropiado, de un sistema

legal dirigido a preservar la competencia” (Hayek, 1944/2009, p. 69).

La fragmentación social debe corregirse. Una comunidad no puede ser fuerte si en su interior hay una división muy marcada. La diferencia entre ricos y pobres debe reducirse, lo que puede generar un sentimiento de compromiso por parte de todos. “El bienestar de nuestros ciudadanos será mucho mayor del que podemos lograr si nuestra sociedad sigue estando profundamente dividida” (Stilitz, 2012, p. 356).

Finalmente, es claro que mejorar sí puede traer muchos beneficios, mientras que seguir en lo mismo puede

costar la degradación de la calidad de vida de las personas y el atraso de las naciones.

## Referencias

Friedman, M. (1983). *Libertad de elegir*. Barcelona: Editores Orbis.

Galbraith, J. K. (1958/1984). *La sociedad opulenta*. Barcelona: Editorial Planeta Agostini.

Hayek, F. A. (1944/2009). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza editorial.

Judt, T. (2010). *Algo va mal*. Madrid: Taurus.

Stilitz, J. E. (2012). *The price of inequality. How today's divided society endangered our future*. New York: W.W. Norton & Company.